

SÉPTIMO VIAJE.

DESPUÉS DE DESPERTAR.—UN PASEO Á BELLEVILLE.—EL ELÍSEO.—DESENLACE.

Al amanecer del día siguiente, Julieta estaba en su cama vestida, y su desordenada cabellera, la palidez de su rostro y sus párpados hinchados y encendidos manifestaban la noche que había pasado.

Leonardo, sentado en una silla al pie de la cama, pálido también y con los brazos cruzados, la contemplaba con los ojos fijos y enjutos durante el corto tiempo que la joven, cediendo á la fatiga, se había entregado á un letargo que interrumpía con sollozos.

Sin embargo, la tranquilidad parecía volver á sus facciones; una sonrisa asomaba á sus labios y hacía mover sus largas pestañas negras.

—¡Sueña con él!—exclamó Leonardo.—¡Ah! ¡si le cogiera! pero ella se ha negado.....

En aquel momento Julieta abrió los ojos, dirigió la vista á su alrededor, y en seguida los fijó un momento sobre su siniestro compañero. Entonces, cubriéndose la cara con las manos, cayó

sobre su almohada, y sus sollozos y las lágrimas que se desprendían por entre sus dedos indicaban que había recobrado la memoria.

Leonardo se volvió lentamente; pero nada en sus facciones, en sus movimientos, manifestaba la menor emoción de lástima, y por su palidez y la espantosa fijeza de sus ojos se le hubiese creído atacado súbitamente de una completa insensibilidad.

—Ahora ¿quieres decirme su nombre? — preguntó á la joven.

Esta cerró los ojos y creyó haber contestado negativamente.

—Te obstinas en callarlo, Julieta, pero yo lo sabré.

—¿A qué queréis saber su nombre, si ya lo sabéis todo?

—¡Mientes! — replicó Leonardo volviéndose hacia ella. — ¡Yo no lo sé todo, pero quiero saberlo!

Y levantando la mano que Julieta tenía fuera de la cama, enlazando sus dedos en los suyos con una especie de frenesí, y apoyando el codo en la cama, añadió con una alegría feroz:

—Sí..... eso es..... cuéntame tus amores; eso me divertirá.

Julieta se estremeció, y dirigiéndole una mirada llena de ternura, le dijo:

—¡Dios mío! Leonardo, ¡cuánto debéis sufrir!

—¿Por qué?

—¡Porque os habéis vuelto cruel!

—Y tú, á lo que parece, no eres cruel..... Haces uso de una bonita palabra. Ya ves que estoy alegre..... Vamos, vamos, cuéntame eso..... vamos á reirnos.

—Pues bien, sí, Leonardo, voy á deciroslo todo, á fin de que no podáis creer que he amado á ese joven sólo por haberle encontrado en la calle, lo cual sería atroz. Ya veréis que no he tenido yo la culpa.

—La habré tenido yo, ¿es verdad?

—Tal vez, dijo Julieta levantando la cabeza. La primera vez que me signió os lo dije; os acordaréis..... Yo estaba turbada, y aquel día sólo os burlasteis de mi susto y de su audacia. En consecuencia, ¿no estaba yo en mi derecho de creer que su acción no tenía nada de malo y que no había causa para alarmarse?

Todos los días repitió lo mismo, y nada os dije por temor de que me creyeseis una niña pusilánime. Sin embargo, causada de su obstinación, os previne de nuevo, y esta vez no os burlasteis, pero os pusisteis furioso de cólera. Esta vez queríais poneros en emboscada para atacarle, matarle tal vez.

—¡Oh! ¡qué bien hubiera hecho!

—Debí callar, pues, porque denunciarle nuevamente era precipitaros á cometer una mala acción, atraer sobre vos una desgracia, ¡y os quería tanto!

—¡Me quería tanto!..... se atreve..... vamos, vamos, ya veo que también estás alegre; así me gusta; continúa.

Julieta perdió de repente la animación que la había sostenido en su relato; retiró bruscamente la mano que Leonardo tenía aún entre las suyas, y pareció como que buscaba en vano en su imaginación el medio de anudar el hilo de sus ideas, roto por las feroces interrupciones del cochero.

—¡Ah! sí..... eso es..... continuó; un día en la

fábrica.....—Y deteniéndose de repente exclamó—
No, no debo acabar.... no puedo.

Un largo silencio siguió entre los dos personajes de esta escena.

Lo que Julieta se negaba á decir, era que el desconocido había encontrado medio de introducirse en la fábrica bajo el doble título de pintor y comprador; que él fué el que había mandado hacer aquel reloj de porcelana, cuya ejecución había dirigido tan bien y por tanto tiempo. Tranquila al ver su aire respetuoso y reservado, lisonjeada por él como mujer y como artista, debiéndole lo que tanto deseaba hacía tiempo, ensayarse en una obra de importancia, pronto sintió cambiarse los sentimientos de reconocimiento que experimentaba por su nuevo bienhechor, en otros más poderosos y más tiernos, porque al fin él era joven y buen mozo.

Hacer esta confianza á Leonardo, ¿no hubiera sido ponerlo voluntariamente en estado de averiguar quién era el que tantos motivos tenía para aborrecer? Para combatir aquella hidra de amor que nacía en su pecho, Julieta había apelado de su corazón á su razón; había opuesto el recuerdo de Leonardo al del de su nuevo amante; pero la comparación que forzosamente resultaba entre la edad, el lenguaje, los hábitos de ambos, no era siempre en favor del primero. He aquí otra cosa que tampoco podía decir á Leonardo.

En consecuencia, se callaba, y con la cabeza echada atrás, el rostro medio cubierto con su brazo, lloraba de nuevo, á la vez por su amigo, por su amante y por sí misma, porque se creía muy culpable y era muy desgraciada.

Por su parte Leonardo sintió redoblar sus angustias, ya tan violentas. Dando una falsa interpretación á las últimas palabras de Julieta, había buscado y encontrado en ellas la completa confesión de su deshonor. ¡Ella no debe acabar! ¡no puede!

—Sí, lo comprendo. Así—añadió—esta vida que la he consagrado, ese amor que me era debido, todo lo que con transportes de admiración he visto desarrollarse en ella, todo lo que yo había respetado, todo me ha sido sorprendido, robado! ¡todo ha sido presa de ese otro!

—Por última vez—dijo levantándose;—¿quieres decirme su nombre?

Julieta no contestó.

—Porque debes conocer dónde vive. ¿Sin duda habrás estado en su casa?

—¡Oh Leonardo! exclamó la joven humillada.

—¿Por qué, si vas al teatro sola con él?

—Era la primera vez.

—¡No hay ninguna mujer perdida que no emplee esta excusa!—dijo él con los dientes apretados y los puños cerrados.—¡Siempre es la primera vez!..... ¡Te digo que quiero conocerle!

El mismo silencio y la misma inmovilidad de parte de Julieta.

—¡Pero ya pienso en ello!—continuó el cochero;—él no puede tardar en dejarse ver aquí ó hacia la fábrica..... ya conozco sus facciones.

É hizo un movimiento hacia la puerta, y deteniéndose bruscamente añadió:

—¡Qué tonto soy! si le encuentro y no le mato como un perro, puede volver y me meterán en

la cárcel; si me bato con él y me deja en el sitio, entonces.....

Leonardo no acabó la frase, pero miró á Julieta con la misma mirada fija y terrible, y una voz inexorable se levantó dentro de su pecho, que le gritaba:

—¡Ella es la que debe morir!

—Vamos, levántate—la dijo;—vamos á salir; se ahoga uno aquí.

—¿A dónde queréis ir?—preguntó Julieta.

—¡A pasear! Me parece que ni tú ni yo estamos con humor de trabajar hoy. ¿Acaso no puedes ya acompañarme?

Julieta saltó de la cama, se peinó, compuso su vestido, y luego, como por efecto de una reflexión súbita, tomó la jaula que ocupaba una codorniz que había criado, y la abrió la ventana, colocó al pájaro delante de ella, y por un movimiento que Leonardo no observó dejó la jaula sin cerrar.

La mañana había estado triste y sombría; pero en aquel momento el sol brillaba entre las nubes que lo habían obscurecido. A la frescura del aire, á la vista de los rayos del sol que penetraban en el aposento, el pájaro se puso á cantar, sin pensar en escaparse. Al oír aquellos sonidos tan puros y armoniosos, al ver aquel sol que parecía vivificar al mundo, Julieta lanzó un suspiro ahogado, y una lágrima humedeció sus párpados secos é inflamados.

—Ya estoy dispuesta—dijo entonces, volviéndose hacia Leonardo, que durante todas estas disposiciones había dado algunas señales de impaciencia.

Después, cuando él, descorrió los cerrojos de las

puertas, porque durante toda la noche había estado encerrado con ella, exclamó:

—¡Oh! ¡perdonadme!..... Un momento..... un solo momento..... olvidaba mis oraciones..... mis oraciones de por la mañana.

—Dílas — contestó Leonardo;—sí, ruega á Dios..... por tí y por mí.

El que hubiera podido penetrar sin ser visto en aquella boardilla, iluminada por una claridad tan dulce y tan pura, al contemplar aquella linda joven graciosamente arrodillada delante de su cama, al oír el murmullo de la oración que se unía al canto del pájaro, al leer en la mirada llena de ternura que Leonardo le dirigía á escondidas, hubiera podido creer que asistía á una escena sencilla y que tenía á su vista el cuadro de la felicidad. ¿No contenía acaso aquella humilde habitación los solos bienes reales de este mundo, los solos que no pueden comprarse, los solos que vienen de Dios y que vuelven á él; la armonía, un rayo de luz, la belleza, la fe, la juventud, el amor? Pues bien, si hubiese profundizado el corazón de aquellas dos personas al parecer tan felices, hubiera visto luchar ensangrentado dentro de ellos un pensamiento de muerte.

Salieron de la boardilla y Leonardo ofreció el brazo á Julieta. Al volver la calle de la Sourdiere, se dirigió Leonardo á un coche que estaba en la plaza del mercado de Saint-Honoré.

—¡Vaya! ¡eres tú!—dijo al reconocerle el cochero que había sido antes compañero suyo;—¿ya no estás en casa del inglés?

—¡Ojalá lo hubiese seguido al fin del mundo!—pensó Leonardo.

Y el cochero, apercibiendo entonces del brazo de su antiguo camarada á una linda joven, le guiñó, hizo un gesto de inteligencia, y acercándose al cochero le dijo al oído:

—¡Caramba! ¡es de lo mejor!

Leonardo rechazó duramente al cochero.

—Comprendido—contestó el otro recobrando su equilibrio.—¡Silencio! ¿á dónde vamos?

—A la barrera de Belleville.

—¡Bien! ¡conforme!..... el día está bueno, y hacéis bien en aprovecharlo. Ya no hay lilas ni flores, pero aun quedan las hojas.

—¡Despachemos!—dijo Leonardo con tono amenazador.

—¡Ah! ¡ah!—dijo el cochero entre dientes;—siempre tan amable el antiguo *Guapo mozo*.—Y cerrando la portezuela tras la pareja que veía iba á divertirse, añadió: «Sed felices, hijos míos.»

—¿Vamos á Belleville?—preguntó Julieta.

—¿Por qué no?—contestó Leonardo.

Después ambos permanecieron silenciosos hasta llegar á la barrera.

Allí encontraron otro conocido, Jolivet, su antiguo amigo Jolivet.

—¡Vamos!—le dijo éste;—¡creía que estabas malo por el golpe de ayer! Veo que estás bueno..... tanto mejor.

Y después de saludar á Julieta con un aire muy respetuoso y grave, añadió en su dialecto de cochero:

—¿Es ella? Te felicito. ¿Cuándo es el casamiento?

—Pronto—contestó Leonardo.

—Entonces, pronto nos veremos, señorita; porque yo me cuento como convidado á la boda. Leo-

nardo me ha dicho algo acerca de ella. No os pongáis colorada por eso. Tendréis un buen marido que os ame tiernamente; estad segura.

—Adiós—interrumpió bruscamente Leonardo, y quiso apresurar el paso. Pero Julieta apenas podía sostenerse, á causa de la impresión que le habían hecho las palabras de Jolivet.

Este volvió á encontrarlos, y sacando la cabeza fuera del cabriolé, les dijo:

—No os aventuréis á ir muy lejos; el tiempo se ha descompuesto. ¿Queréis que os lleve á París?

Julieta miró á Leonardo, que continuó andando sin contestar.

La predicción de Jolivet no tardó en realizarse. El sol, poco antes vencedor de las nubes, había á su vez sucumbido; el día se obscurecía y el aire era sofocante.

Apenas habían llegado nuestros taciturnos viajeros á la extremidad de la calle principal de Belleville, cuando las grandes gotas de agua que empezaron á caer anunciaron la tempestad. Volvieron hacia la derecha y tomaron por el parque de Saint-Fargeau, el cual, casi desnudo de árboles y de habitaciones, podía escasamente ofrecerles un abrigo.

—¿Tendremos que andar mucho tiempo todavía—preguntó Julieta.

—No—contestó su compañero.

—¡Es que estoy muy cansada!

El cochero acortó el paso, pero sin interrumpirla.

Al pasar por el cementerio situado en el parque, Leonardo experimentó una conmoción parecida á la que produce la electricidad, y Julieta hizo la señal de la cruz.

En fin, en la extremidad de aquel terreno arenoso, antigua propiedad de los Condes de Saint-Fargeau, llegaron á unos bosques que hay á la derecha, antes que los de Piomanville, que se unen por el otro lado á las llanuras del Charonne.

Esta parte, aislada, rodeada de vallados y de fosos, ha sido siempre poco frecuentada por los habitantes de París. En aquel momento la lluvia, que caía á torrentes, la hacía más desierta que nunca. A este terreno se le daba el nombre del Eliseo.

Era de suponer que habría en la vida de Leonardo un día en que la energía natural de su carácter, unida á la violencia de su pasión, haría de él un hombre feroz. Sin compasión por el cansancio de Julieta, por su edad, que llevaba consigo la excusa de su falta, á pesar de la lluvia que, como hemos dicho, caía á torrentes, la obligó á saltar con él los fosos y á penetrar en aquel Eliseo á través de los portillos de los vallados.

Después la hizo volver á tomar su brazo, y siempre en silencio, continuaron ambos su camino por senderos húmedos y resbaladizos, oyendo por encima de sus cabezas el ruido de los árboles, que lejos de resguardarlos de la lluvia, vertían sobre ellos el agua que habían recogido.

De vez en cuando Leonardo miraba alrededor diciendo:

—No lo veo, ¿lo habrán cortado? ¿el viento lo habrá arrancado tal vez? ¡Al cabo de ocho años, bien puede uno hallarse desorientado!

Después, lanzando una exclamación, se dirigió hácia un árbol separado de los demás, plantado sobre un montecillo, y en cuya corteza se leía un nombre profundamente grabado.

Detúvose y dijo: «aquí es.»

Julieta pareció respirar y se sentó al pie del árbol, exhausta de cansancio, entumecida, casi inerte. Sus vestidos chorreaban agua, sus cabellos, pegados á las sienes, le daban un aspecto enfermizo y macilento que hacía resaltar aun más sus grandes ojos negros animados con una brillantez febril.

Su corazón hubiera debido palpitar con una violenta emoción de terror; pero su pensamiento durante este largo viaje se había gastado de tal manera pensando en Leonardo, en el *otro*, en ella misma, que ahora vagaba á la ventura, y en la terrible situación en que se encontraba en aquel momento, la pobre muchacha se acordaba especialmente de su pájaro, entonces sin abrigo, y al que la tempestad mataría tal vez.

—¿Sabes, Julieta—le dijo Leonardo—para qué te he traído á este sitio?

—Sí—contestó ella;—para matarme.

Leonardo dió dos pasos atrás.

—¿Lo sabías?....

—¡Me habéis amado demasiado, Leonardo, para perdonarme!

—¿Lo sabías—repitió él—y sin embargo has venido?

—Os he seguido..... ¿Qué me importa?..... ¡Soy tan desgraciada!..... ¿Qué me une á la vida?

La contempló por un momento en la actitud en que estaba, sentada al pié del árbol, con los codos sobre las rodillas y las manos en la cabeza, tiritando de frío y de fiebre. Al verla tan resignada, tan humillada, tan abatida, un rayo de compasión penetró en su alma, pero se extinguió al recuerdo del *otro*.

—Escucha—continuó—tú misma has comprendido que después de lo que ha pasado no puedo dejarte vivir; eso sería consentir en tu vergüenza y en mi deshonor, porque ese hombre no se casará contigo. Sin duda es rico, orgulloso, vanidoso: ¿crees, por ventura, que tomará por mujer á la pupila de un cochero? No, no, ¡tú no lo crees! ¿Te ha hablado de casamiento?

Julieta hizo un signo negativo.

—¡Ya lo ves! Si te hubiera hablado, hubiera mentido. Esas gentes nos roban nuestras hijas, nuestras novias, para que sean sus queridas. ¿Qué sería ahora de tí? Ya no puedes permanecer conmigo; ¡irás, pues, á vivir con él en la infamia, en el lodo! hasta que algún día, como tu pobre madre, con un niño en los brazos, tomes el camino del río. ¡No, mejor es acabar de una vez! Pero, Julieta, también he tenido otro motivo para traerte aquí; porque en cualquiera otra parte podía....

El cochero se limpió las gotas de sudor que caían de su frente mezcladas con la lluvia, y añadió:

—Mira ese árbol.

Julieta volvió lentamente la cabeza y leyó su nombre grabado en la corteza.

—¡Ese es mi epitafio—dijo cerrando los ojos.

—¡Es el lema de mi antigua felicidad—exclamó Leonardo.— Un día.... hace mucho tiempo de esto.... eras pequeñita.... vinimos aquí con mi pobre madre, y yo, que sólo pensaba en tí, grabé tu nombre con la punta de este cuchillo.

Mientras hablaba, había sacado del bolsillo un cuchillo muy largo, y lo había abierto.

Al ruido que hizo el muelle, Julieta se estremeció.

—No sé por qué—prosiguió—he querido volver á ver hoy este árbol, este nombre.

La voz de Leonardo era más fuerte, más conmovida.

—¡Me parecía que aquí tendría más valor!.... Sí, más valor.... más motivos para aborrecerte.... al considerar el tiempo que hace que te amo.... al pensar en que este amor, esta abnegación con que te he rodeado durante toda tu vida, lo has sacrificado en un día, en un instante, no á un hombre, sino á un catalejo, á una barba puntiaguda, á un par de guantes amarillos! ¡Oh! ¡no! ¡no! ¡no es un hombre el que desde ayer noche no se ha atrevido á venir á disputarme tu posesión, á arrancarte de mis garras! ¡Ha creído el miserable, el cobarde, que instintivamente volverías á buscarle! Pero no volverás, no te verá más. Has dicho bien, Julieta, ése es tu epitafio, porque vas á morir.... Sí, lo juro, y jamás he faltado á un juramento.

Leonardo estaba en este punto de su relación cuando llegamos al Palacio de Justicia.

—Para concluir en dos palabras—me dijo.

—No—repliqué yo interrumpiéndole;—no puedo dejarte ir; quiero saberlo todo.

Y sacando el reloj, añadí:

—Aun tenemos tiempo; necesito hacer una visita en la calle nueva de Saint-Paul, en el barrio del Arsenal....

Leonardo puso su caballo al trote, y prosiguió diciendo:

—Tenía, pues, el cuchillo en la mano, blandiéndolo, y continuaba apostrofando á Julieta

para excitar más mi cólera; la había cogido por el brazo, é iba á herirla, cuando oí no lejos de nosotros ruido de pasos. Era un individuo que sin duda había buscado un abrigo entre los árboles durante la tempestad, y que habiendo cesado la lluvia, volvía á emprender su camino. Como se dirigía hacia nosotros, oculté mi navaja, y Julieta levantó la cabeza, y aunque podía escapárseme llamando en su ayuda al desconocido, no hizo el menor movimiento. Este pasó casi sin mirarnos, y después..... no sé..... pero no es fácil volver á empezar una tarea semejante..... no me atrevía á mirar á Julieta..... estaba temblando. Para excitarme de nuevo principié á pensar en el *otro*, á decirme que él era quien debía morir. Esto tuvo bastante buen resultado; pero cuando tenía el brazo levantado, Julieta exclamó: «¡En nombre de vuestra madre! ¡todavía no, todavía no!» En sus palabras conocí que no pensaba en el *otro*, y sin saber lo que decía, añadí: Qué es eso, ¿te falta valor á tu vez?

—No—contestó ella.—Sé que he merecido la muerte y no quiero sustraerme á ella. Os he hecho traición, os he engañado á vos, mi padre, mi amigo, mi bienhechor; pero en nombre de toda esa ternura que habéis tenido por mí, os pido un día de gracia, un solo día; mañana estaré dispuesta, como lo estaba antes.

—En la situación en que me encontraba entonces, este arreglo me convenía. Volvimos á casa, y bien podéis figuraros qué día pasaríamos. A la noche me retiré para que pudiera dormir á su voluntad, cerrando su puerta y dejando la mía abierta. A la una de la mañana apercibí un rayo de luz

por el hueco de la llave de su puerta; me acerqué de puntillas, y mirando por el ojo de la llave ví que estaba escribiendo.

—¡Bien!—dije;—le está escribiendo; la carta tendrá su nombre; no digamos nada. Volví á mi cuarto, y á pesar mío el sueño me venció. Ya era de día cuando me desperté, y bien conoceréis que no tendría las mismas ideas que la víspera; era menester tener el corazón muy seco y negro para vivir en su compañía veinticuatro horas con las mismas ideas. Pero mi odio era el mismo hacia el *otro*. Cuando entré en el cuarto de Julieta, la encontré levantada y esperándome.

—Antes de todo—le dije—quiero saber á quién has escrito anoche.

La pobre muchacha empezó á temblar, lo que no le había sucedido en el Eliseo.

—Dejadme mi secreto—contestó;—consiento en seguiros donde queráis, en morir donde gustéis.

—Entretanto mi furor me cegaba, echaba espuma por la boca y rechinaba los dientes. A fin de encontrar la carta, eché por tierra todos los muebles, sus vestidos, hasta sus dibujos, y no hallándola, me imaginé que la tenía en el bolsillo y me dirigí hacia ella. Asustada al verme, se refugió en un rincón, y cogiéndola brutalmente por los brazos, se los sujeté con una mano por la espalda, mientras que con la otra la registré y encontré un papel con estas palabras: «No acuséis á nadie; yo me he suicidado.» Mirad, señor, cuál es la mujer que he perdido.

Permaneció un momento pensativo, y añadió:

—Cuando ella vió su intención descubierta, ya no temió hacerme conocer lo demás, y me entregó

aquella carta que con tanto afán había pedido; aquella carta estaba dirigida á mí.

—No la leáis ahora—me dijo con su voz angelical;—es menester que la encuentren aquí intacta. Para impedir que sospechen nada, me despido de vos y os doy parte de mi resolución de terminar mi vida.

—¿Comprendéis, caballero?

—He aquí la razón—continuó Julieta—porque no quise morir ayer; ayer se reunían una porción de circunstancias en contra vuestra: el cochero que os conocía, el encuentro de Jolivet, aquel hombre que pasó por junto á nosotros en el bosque. Afortunadamente he pensado en todo esto, y hoy tomaremos mejor nuestras precauciones. Ahora, amigo mío, estoy pronta á seguiros.

—Mientras que me hablaba así, había yo permanecido con la boca abierta como un gamo que mira llover. Ella conoció lo que pasaba dentro de mí, y así no temió cogerme la mano y besármela, lo que me hizo derramar lágrimas como á un chico. Esto me alivió y estaba sollozando cuando la puerta se abrió y entró un muchacho de corta edad, con librea. Era el lacayo del del cañalejo; pero aunque hubiera sido él en persona, creo que no le hubiera hecho nada. El lacayuelo había estado en la fábrica de porcelana, donde no había encontrado á Julieta, y estúpidamente venía á dar el recado de su amo. Empezó por anunciar á Julieta que éste había estado malo de resultas de una caída; bien lo creo, yo le había ayudado.

No le dejé concluir; ¿cómo se llama tu amo? le pregunté con voz terrible.

—Alfredo Delporte.

—¡Delporte! ¿Es acaso de la familia de Mr. Durin-Delporte?

—Es su hijo.

—¡Dios del cielo! ¿dónde vive?

—¿El padre?

—No, imbécil; el hijo.

—Malecón de Malaguais, núm. 15.

—¿Qué podré añadir, caballero? Vi al joven, ví al padre; recordé á éste que en otro tiempo le había salvado el honor trayéndole treinta y cinco billetes de á mil francos, cuya historia conocéis; conté francamente al primero todo lo que Julieta había sufrido por no exponerlo á mi furor. El joven había heredado á un tío avariento; era rico y no tenía intenciones de casarse muy pronto. Sin embargo, fué el primero que se decidió, y al fin y al postre, después de mil inconvenientes, de amenazas y de caricias, repitiendo al hijo que por poco mató á Julieta por su causa, y al padre que mataría á su hijo si Julieta no llegaba á ser su nuera, conseguí, no sin trabajo, ver la realización de este casamiento..... ¿que será causa de mi desesperación eterna!

Concluida su relación, Leonardo se recostó en su rincón y volvió á tomar su aire taciturno y melancólico. Sin embargo, cuando volvimos al Palacio de Justicia me dijo estas palabras:

—Mi amo, si tenéis hoy que decidir acerca de la suerte de algún pobre diablo que haya cometido un crimen por un exceso de amor, acordaos de Leonardo y sed indulgente.

FIN.

